

*2º edición del concurso
"Grandes Autores, Relatos Cortos"
- Ganadores -*

1er premio: Rebobinado

Margarita Elena Greiner

Esta tabla me está partiendo la espalda". Pensó Antonia y abrió los ojos. Los cuatro cirios que encuadraban el ataúd comenzaron a crecer hasta que se apagaron. Los pañuelos se refugiaron en los bolsillos. Los deudos ya no lloraban. Abandonaron el velatorio. La mujer percibió una mano invisible que la llevó en vuelo amable hacia su lecho de agonía. El colchón la abrazó con cariño. Hizo una mueca de dolor. -El cangrejo aun anida en mi barriga- gimoteó.

El doctor se sentó en el borde de la cama, le tomó las manos y sacudió la cabeza con compasión. Entonces ella se sintió mucho mejor. Se peinó el pelo blanco en apretado rodete, cambió el camisón por un batón de lanilla violeta, se sentó trabajosamente, la espalda le dolía mucho, en la mecedora y se puso a tejer un pullover para su nieto.

Miró el reloj, las agujas giraban de derecha a izquierda con el vértigo de una ruleta. "Ya es hora de que me quite el medio luto" meditó y se vistió de negro. Volvieron amigos, volvieron parientes, volvió el marido. Las carnes se hicieron firmes, las grietas de la pared se cerraron, el empapelado se desprendió en largas lonjas y un olor a pintura fresca inundó la sala.

Antonia se puso un vestido rosa añado, sacudió su cascada de pelo castaño y apoltronada en un sillón siguió tejiendo el mismo pullover para su hijo. Cuanto más tejía, el ovillo más aumentaba y la prenda más disminuía.

Miró por la ventana. El sol corría enloquecido desde el oeste hacia el este y trazaba arcos luminosos en el cielo nocturno. Suspiró mientras seguía tejiendo la batita para el bebé que le pateaba dentro de su panza abultada. Cuando las pataditas cesaron y el vientre se aplanó, Antonia dejó las agujas y se puso un vaporoso vestido blanco. Los novios saludaron en el atrio y recobraron la libertad. Cada uno se fue a vivir a su casa. Se vieron algunas veces más hasta que en los anillos se borraron sus nombres. Entonces se desconocieron.

Pasaron algunos años. Los árboles soltaban sus hojas amarillas para cederle el paso a los tórridos veranos. Antonia tradujo a Cicerón y a Homero, después escribió "mi mamá amasa la masa" y finalmente trazó hermosos palotes. El universo de las ideas se iba despoblando. El tratado de filología huyó avergonzado de su mochila y un Billiken ocupó su lugar.

Los muebles se alargaron y el piso se acercaba cada vez más. Sus piernas colgaban de todas las sillas. Su cabeza se golpeaba contra los cantos de la mesa. Caminaba equilibrándose con los brazos. Entonces optó por avanzar con las manos en el piso ayudándose con el empuje de las piernas.

El mundo seguía allí pero perdió las palabras para nombrarlo. Por lo tanto, así como la mariposa vuelve a ser crisálida, terminó de decrecer dentro de una cuna. Luego se asiló en un recinto cálido, oscuro. El latido de un corazón la acunó hasta que por fin pudo reingresar en la dimensión de lo posible.

2do premio: Tecnologías

Gloria Viviana Echeverría

Estaba casi tranquila.

Siempre le gustó desandar. Nunca se sentía sola. Ahora, pasados los ochenta, recordaba más el pasado y menos dónde había puesto las llaves. Las llaves eran un problema. Tal vez fueran las puertas el problema.

Habría sido porque cuando era chica, para castigarla, su padre la encerraba en el placard de las valijas. Ahí se quedaba, llorando de miedo en la oscuridad, sin animarse a mover los brazos ni las piernas por miedo a tocar no sabía qué.

Tranquila, tranquila.

Recordaba los tiempos difíciles con su marido, y el nacimiento de Marta. La escuela, las maestras, los deberes. Pensá en Marta, se decía, Tranquila, tranquila, pensá en los chicos, se decía.

Los nietos, esa fue su mejor experiencia. Su hija trabajaba, así que, viviendo con ella, ayudó a criar a los tres chicos, tan distintos. Y Pablito, el menor, que a los trece, se empezó a vestir de negro. Dark, decía. Sus padres se alteraron bastante. No les gustaban sus amigos. A ella, a pesar de los aritos en la nariz y en los labios, de los pantalones enormes, de los colores aplastados o erizados de los pelos, o tal vez por eso, le gustaban. Pablo, poco a poco, le contaba, y ella lo escuchaba, a través de esos años difíciles. No, abuela, no voy a ir a bailar. Ovejas robotizadas son. Dos mil tipos bailando una canción que dice mirarle el culo a las minas, tomar vino hasta idiotizarte, o robar es lo mejor. Todos viven una gran mentira.

¿Y porqué siempre de negro, Pablo? Ya era más grande cuando le dio la respuesta, aceptar la muerte como liberación de este sistema perverso, sin respeto ni solidaridad. Y la mejor manera de no preocuparme por combinar la ropa y de encadenarme a la moda y el mundo de las apariencias.

Y más tarde: el hombre no progresó espiritualmente, abuela. Te enseñan a continuar un ciclo interminable social, familiar y laboral, y solo hemos tenido retrocesos. ¿De qué sirven unos años más de expectativa de vida, si los vas a vivir preocupándote por conseguir dinero, haciendo algo que no quieres hacer, de mala gana o para gente o entidades que no te representan...míralo a papá, abuela.

Bueno pero Dios...

Dios es la excusa de la gente para no hacerse cargo de los problemas de la tierra, abuela, y la excusa de muchos otros para dominar. Fe en nosotros mismos debemos tener.

Le daba miedo escucharlo hablar así, sobre todo porque ya se acercaba a la otra punta de la vida, y su fe en Dios era un consuelo, una meta, y ojalá que Dios existiera, y ojalá que la llevara. Oj Alá, que Alá lo quiera.

Y Pablo la inició también en el mundo de la tecnología. Te regalo mi celular viejo, abuela. Y a pesar de los dedos un poco deformados, aprendió a mandarle mensajes, y a llamar a Marta cuando volvía de un viaje con los jubilados, a llamar a un remis.

Y la computadora. Mirá el mail que me mandaron, abuela, sentate acá. Apretá acá, en el mouse. Mandale un e-mail a mi primo. Cuando yo no estoy, sentate en mi computadora y practicá.

Amaba a ese nieto que llenaba sus horas, que la escuchaba. Por eso, cuando apareció otra vez el tema de la muerte, le contó de su miedo a estar encerrada. La catalepsia, Pablo. Historias de cajones que se descubrieron rasguñados por dentro. Asegúrense de que esté bien muerta antes de cerrar el cajón.

-Eso es viejo, abuela, ahora la ciencia está avanzada y no entierran a nadie vivo...

Pero aún...

Con Marta no se podía hablar de la muerte. Marta, cuando yo no esté, quiero que.... Uh, mamá, cambia de tema, por favor. Y Mariana: la abuela está haciendo planes para el futuro, dejate de pensar en esas cosas, abuela.

Tranquila, tranquila.

Déjenme un respiradero en el cajón, Pablo, un timbre, algo. No me pongan en tierra.

Tranquila, abuela, yo me encargo. Y le explicó su plan. Y ensayaron juntos.

Por eso estaba tratando de aquietar los latidos de su corazón, ahí, con el cajón cerrado. Porque a un costadito, al alcance de su mano, cuando plantó un beso de despedida en su frente fría, Pablo le puso el celular con carga y con tarjeta suficiente para unos días, el mensaje preparado para enviar con un toque. Ni bien pudiera mover las manos otra vez, lo llamaría.

3er premio: Los dos dioses

Horacio Miguel Anitua

Cuando a Borges se le dio por barajar y dar de nuevo cada letra recogida, cuando sus propias líneas fueron quedando tan a la vista, el destino de aquel monaguillo de San Eduardo se fue arrimando al crepúsculo. El pobre andaba a los tumbos detrás de Dios y de la literatura pero sin adoptar un jefe, o mejor, sin llegar a distinguir la naturaleza de sus dos arquetipos. Porque si bien Dios era Dios, y punto, Borges era otra cosa en realidad, y sus virtudes -mal que le pese al muchacho- resultaban menos sorprendentes. Es que el escritor era algo así como un caballo de carrera, un pura sangre entrenado desde siempre para ganar; claro que a medida que derrotaba a sus rivales, a medida que el joven confirmaba aquella divinidad, su propia estima se hacía pedazos.

Resolvió tomar partido, y ante la disyuntiva se alejó de Dios y de su gimnasia. Puesto a elegir él escogió la pasión por las letras pues allí podía decir lo suyo incluso a través del menor de los motivos, sí, podía involucrar en alguna línea al más insignificante grano de arena perdido en su bolsillo, o enredarse así con aquel otro puñado de granos miserables, así con esos que se dejaron atrapar, con los que resignaron la orilla o el desierto para ejercer el peor de los oficios mientras se las ingenian para vivir cayendo. Esos que sólo caen por el cono de vidrio marcando las horas de los otros sin envejecer.

Un horizonte de letras, pensó. O un modo diferente de jugar a la armonía.

Ahora hay que decir que las decisiones más difíciles suelen ser finalmente muy sencillas de tomar, y que las circunstancias por lo general lo resuelven todo de un modo natural. Porque mientras el cerebro se empeña en encontrar soluciones extraordinarias, basta con que una mujer vecina recurra a su mirada para aclararle las cosas al varón a la hora de dejar los hábitos. O de cambiar de bando en este caso.

Y para nuestro monaguillo el cambio fue demasiado radical, pues si bien no era fácil convivir con ambos dioses, al decidirse por la literatura, por el propio Borges, el muchacho se subordinó al nuevo maestro expulsando de su vida al Dios de los cristianos de un modo literal.

Cuando él supo que no se podía compartir la fe quiso borrar cualquier vestigio, contacto o sombra que pudiera involucrarlo con un pasado católico apostólico y romano. Pero para quitar semejante huella no le alcanzó con alejarse del mundo que lo rodeaba, ni con intentar comunicarse a través de idiomas y formas ateas; entonces su obsesión por desatar los nudos se multiplicó, y fue y volvió desde aquella vida desechada hasta este mundo de letras tan reciente, siempre tapando los rastros, y de borde a borde. Claro que así las cosas en algún momento a la luz se le da por apagarse.

La noche del sur apenas había comenzado cuando el joven llegó a la capilla que lo recibiera de chico, la que lo inició en la religión, y donde vivió comió y se ilustró con una biblia en la mano y la fe pasando las hojas. Aprovechó las primeras sombras para dejar las cosas detrás del cerco y arrimarse, casi a tientas, a echar un último vistazo. Recostado contra la pared de madera buscó un rato en la memoria, y se despidió de Dios.

Desde lejos el fuego parecía irreal. Acaso un buen montaje simulaba una hoguera gigante, tan perfecta como escenográfica, donde la gran estrella era una cruz suspendida en el aire, o en las llamas, coronando una pirámide de luz radiante que no dejaba de crujir. Era asombroso ver aquel viejo símbolo allá arriba, resistiendo, y sin dejar de mostrar el camino hasta el último instante; vaya a saber.

El caso es que el joven incendió la capilla con cura y todo, y que puesto a borrar su pasado, a esa altura él ya no andaba con vueltas.

A pesar de que las autoridades no pudieron aclarar el episodio, la vida del muchacho seguía complicada. Es que junto a la capilla se había evaporado su

imaginación, y a medida que leía historias ajenas, más modestas le parecían las propias. Una buena narración se apoya en una base sólida, repetía de memoria mientras buscaba un indicio, una pista cualquiera que lo ayude a escribir algo duradero. Parece una pretensión exagerada, y sin embargo ahí anda El Quijote, pensaba, e incluso aquel otro, ése que fuera mi libro de cabecera durante algunos años.

Pero a la Biblia la sostenía un gran relato, y a él no se le ocurría ninguno. La cuestión es que el muchacho no era el bueno de Juan, ni Marcos, ni Lucas, y que tanto Cervantes como María de Magdala no acudían en su ayuda. Ni siquiera el mismísimo Borges, tan celoso como el mundo a la hora de regalar historias.


Cada intento era un nuevo fracaso, una hoja en el tacho y un volver a empezar. Las buenas ideas parecían querer evitarlo, y ocupado en su conciencia él fue bajando la guardia. A la resignación se la palpa desde adentro, y por allí anduvo el muchacho hasta que la desesperación lo llevó a encontrar una salida tan audaz como legítima.

La cuestión es que la historia le surgió allí mismo, entre sus pies y entre sus cosas, con la paradójica virtud de ser insensata e indudable al mismo tiempo. Porque a pesar de las consecuencias, la clave fue bautizarla con su nombre y apellido para impedir desautorizar siquiera un adjetivo del relato.

Él sabía que la mejor manera de sostener un buen argumento era haber estado allí, pero además de bien contado, aquel testimonio debía llevar el tono natural de una confesión.

Si voy a perder la libertad que valga la pena el modo, que en definitiva le termino dando a cada dios lo suyo en el final. Así pensaba el muchacho mientras caminaba repasando la ciudad por última vez, desocupado ya, y con la certeza de que al único perdón lo maneja una conciencia plena y nadie más.

Y con ella salió a pasear por el sol de la vereda, de camino al juzgado, cargando en la otra mano con un libro de verdad.



*2º edición del concurso
"Grandes Autores, Relatos Cortos"
- Finalistas -*

Sin punto ni coma

Pablo Feller

Hoy le cebé el mate al abuelo de entrada me dice que lo más importante en la vida es el estudio y el trabajo que él se recibió en Odesa de tenedor de libros llegó a la Argentina consiguió un buen trabajo en una multinacional inglesa la Real British Forestal Alto Misiones Company donde trabajó muchos años yo le aclaro que a mí lo que más me gusta es ir al club a hacer deportes jugar de arquero en el equipo de fútbol del barrio porque si me hacen un gol le cargo la culpa a la defensa entonces el abuelo me dice que uno es artífice de su propio destino le contesto uy dio qué es eso abuelo me dice que es una frase del General Perón que Dios lo tenga en la gloria eso quiere decir más o menos que si uno se desloma desde joven trabajando puede ahorrar y tendrá una vejez tranquila así como uno prepara su cama así dormirá y otros ejemplos le insisto si usted estudió en la Odesa trabajó en una British inglesa aquí en nuestra patria cuál es la razón por la cual usted cobra la jubilación mínima me aclara que esa firma inglesa cuando terminó de talar llevarse hasta el último árbol dejando tierra rasa se fueron a Nigeria a hacer lo mismo y la ciudad misionera se convirtió en una ciudad fantasma la gente buscó trabajo en otros pagos desde entonces sólo consiguió changas todas en negro por eso lo de la jubilación mínima así son los avatares del destino son sucesos que uno no puede evitar son como designios

del cielo que a uno le toca en la vida en la tierra comprendo le hago la pregunta si yo estudiara para tornero no es en serio es un ejemplo y consiguiera trabajo en una fábrica de herrajes esas fabrican tuercas tornillos y arandelas usted cree que es buen avatar dice que sí y si luego de un tiempo el dueño nos avisa que prefiere importar los tornillos y las tuercas porque le sale más barato y no nos necesita más nos da una patada allí donde duele eso sería un avatar malo dice que si ahora pregunto para qué estudiar y trabajar lo mejor es esperar a ver qué nuevo avatar a uno le toca por ahí consigo una piba que me quiera y el padre me lleve a su empresa sería un buen avatar verdad abuelo si así no fuera aún puedo llegar a conseguir un plan trabajar o como lo llamen que es una pensión para desocupados casi lo mismo que su jubilación usted que estudió en Odesa y trabajó en esa forestal inglesa no cree que tengo razón no se me duerma abuelo la yerba aún está buena caliente el agua le agradezco hoy aprendí mateando que es ser artífice del propio destino y el avatar de la vida que a uno le espera.

Obsesión

Daniel Vattimo

Viernes. Un día lleno de ajetreos inesperados; cansados, volvía a su casa en Domselaar. Afortunadamente, había logrado ubicación en una combi que lo dejaba cerca, luego tomaría un remise hasta llegar. No quería el viaje cotidiano lleno de las incomodidades clásicas de viajar en horas pico. Por esa razón, utilizaba poco su auto. Se apoltronó en su asiento, desenfundo una novela que estaba leyendo y que lo tenía atrapado. Su título era *La Eternidad del Bosque*, con una trama en que ficción y realidad se entrelazaban en una historia circular. Se dejó envolver por el relato y un poco se fue de sí. Arquitecto de profesión, era un apasionado por la lectura; divorciado, sin hijos, con una vida social no más que normal, Ignacio era una persona bastante libre de compromisos pero esa libertad estaba siendo condicionada por una relación que mantenía hacía tres años con una mujer casada que estaba viviendo, a su vez, una etapa traumática en su convivencia. Tampoco tenía hijos.

Al conocer a Ignacio, Amalia sintió que era su oportunidad para terminar de desligarse de su pareja. Era una escultora, bastante conocida por sus obras, tenía en su casa de Brandsen con un taller en el que pasaba sus horas de trabajo. En un principio la afinidad estética entre la arquitectura y la escultura fue el factor común que los acercó. Pero al poco tiempo, ella, lentamente fue logrando entrelazar su intrincada relación con la pasividad que, con esfuerzo, él procuraba mantener. Esta situación atravesaba la intimidad, en su afán de invadir, iba llegando a lugares oscuros e irregulares en el ánimo de Ignacio.

Si tuviera que dar una opinión diría que, salvando las distancias y el fatídico resultado, se me visualiza el sutil y silencioso trabajo de la serpiente en el logro de su presa. Este caso se alejaba de lo sutil y silencioso pues proliferaban algunas escenas y escándalos a la hora que Amalia intentaba profundizar su intención de cautivar a Ignacio en una verdadera red, digna del Hombre Araña. El caso es que las cosas se habían tornado entre frágiles y peligrosas. A todo

esto, nuestro amigo había llegado a su casa en momentos que el sonido del teléfono interrumpía el silencioso ámbito. Era su jefe pronosticándole un viaje de trabajo a Chile para el siguiente lunes.

Recordemos que estábamos a viernes. Festejó en silencio mientras recibía algunas directivas para esa ocasión. Lo vio como la gran posibilidad de enfriar el clima de su relación. No obstante, por la inminencia de aquella salida, al comentarlo con ella se disparó una situación en la que, presa de una crisis nerviosa, se presentó en la casa de Ignacio, totalmente alcoholizada, destrozando con su auto el alero de entrada al jardín que precedía a la construcción. La idea que traía esta mujer era instalarse en esa casa e impedir que Ignacio se fuera.

Lejos de alterarse y tratando de evitar un escándalo mayor la introdujo en su auto mientras sus gritos asemejaban una escena en que la protagonista estaba siendo asesinada. Salió directo hacia su casa, en realidad era algo que se venía repitiendo últimamente. Allí, como pudo la metió bajo la ducha, le dio un par de pastillas, de las pesadas y la metió en su cama.

Se tomó un trago y se marchó de regreso a la suya. Llegó entrada ya la madrugada, en realidad, las idas y vueltas de todo este lío lo habían desvelado, decidió entonces continuar por un rato con la lectura de aquella edición que tanto lo absorbía. Al rato, hizo una pausa, quedo un largo tiempo sin leer, pensando, se le escapó una sonrisa. Lo que tenía entre manos era un tema extremadamente delicado, estaba ansioso por saber cuál sería la reacción de la otra parte, sería cuestión de tiempo.

Siguió leyendo con avidez hasta dormirse. Aquella mujer seguía gritando, nadie la escuchaba, solo se oía algún estertor amenazante del hombre con quien, a los tirones, se iba perdiendo entre aquellos añosos árboles y la espesura del bosque, la gruesa pastura crujía bajo sus pies. Ella le había hecho perder el control, allí el resultado.

Era un inmenso bosque que lindaba con la cordillera en el norte chileno, hubo quienes, al internarse, se perdieron y jamás fueron encontrados. Dice la historia que en esa zona habían unas raras excavaciones subterráneas en las que se suponía, encontraron algunos cuerpos que podían ser de gente que perdió el rumbo. Nadie pudo hallar ese lugar. Nuestro amigo al cabo de debatirse con un verdadero conflicto de presiones y sentencias por parte de Amalia, logró ponerse en viaje a Chile.

La Empresa le había realizado una reserva en un hotel de la zona norte de ese país. Justamente, en ese lugar nuestro personaje debía planificar la devastación de un sector preestablecido de un antiguo bosque de árboles casi milenarios para construir una reservación que incluía un laboratorio fitoarqueológico y varios puestos de observación que estudiarían el comportamiento de esos enormes vegetales a través del tiempo, como también la utilidad de las pasturas. Debía lograr, a su vez, que el Gobierno aceptara el emprendimiento en vista que las organizaciones ecologistas generarían problemas. Todo esto produjo que Ignacio debiera prolongar su estancia en el lugar.

Las frecuentes llamadas de Amalia lo estaban poniendo en una situación de tener que ocuparse de algo que ya lo molestaba demasiado. Después de más de una semana de proyecto y diligencias, este fue aceptado. Se organizaron entonces las complicadas acciones de traslado de maquinaria vial, materiales, personal técnico y de obra y otros (que no afectan a nuestro relato). Concluido esto, comenzaron los trabajos de devastación. Mirándola en profundidad esta etapa incluía asumir riesgos importantes era un lugar que jamás había sido invadido y la naturaleza a veces esconde cosas muy particulares.

Ignacio con tres colaboradores iba controlando las operaciones desde una camioneta preparada para ese trabajo. Mientras que todo esto sucedía, Amalia no dejaba de llamar a Ignacio que ya estaba desbordado con ese tema.

Su idea pasaba por la intención de viajar a Chile para, de algún modo continuar con su plan, la relación con su esposo estaba prácticamente quebrada y su cabeza volaba en planes desquiciados y casi imposibles (que no voy a detallar). Las obras habían avanzado en gran forma pero en un sector del fondo del vasto terreno delineado, casi lindante con la mismísima Cordillera, un grupo de obreros se había encontrado con algunos inconvenientes inesperados. Dos gigantescas ramas de uno de los árboles habían caído en algún momento y bloqueaban un sector de la obra en marcha. Eran tan grandes que no se podía ver a simple vista qué había del otro lado.

El trabajo de liberar el sector quedó a cargo de obreros experimentados con herramientas especiales. Necesitaron dos días para realizarlo. En el entretiem po Ignacio, que no dejaba de atender su lectura, no había logrado convencer a nuestra amiga de calmar los ánimos y para su incomodidad ya la tenía en Chile. Lo único que pudo hacer fue ubicarla en otro hotel, argumentando que no había lugar en el suyo. La relación había perdido una supuesta cordialidad que pudo haber en otro momento. Les comentaba que Ignacio seguía con una rarísima dedicación la lectura de aquel libro. Si yo fuera algún personaje de este cuento, cercano a él, trataría de descubrir que había en ese texto que lo atraía tanto. Es más, parecía haber relajado hasta sus tareas.

Aquella extraña pareja seguía internándose en aquel atolladero de árboles, ramas, verde silvestre. La mujer ya no gritaba, bloqueada el habla con un pañuelo en su boca. Una intensa sensación de final. Los obreros se acercaron a Ignacio con una expresión, mezcla de cansancio e incertidumbre en sus caras. Uno de ellos, el mayor, Dijo: "Nunca he visto cosa igual en toda mi vida laboral. Detrás de los troncos encontramos una especie de gigantesco nido cavado en la tierra con una inclinación que no impide su ingreso, es como algo que parece no tener fin. Justo donde termina el bosque y comienza la roca de la cordillera. No daba para meterse".

Caía la tarde y poco podía hacerse a esa hora. Los trabajadores se marcharon e Ignacio quedo solo dentro de su camioneta. Prendió un cigarrillo y partió lentamente, bosque adentro, todavía había claridad suficiente. Pronto llegó al lugar. Un impresionante agujero se dibujaba en la tierra a modo de cueva. No intentó ingresar, se quedó un rato observando, impresionado y luego se fue a su hotel. Luego de tomar un baño y cambiarse encontró con Amalia, supuestamente para cenar juntos. Durante el encuentro ella comenzó a hablar sobre lo que podía ser el futuro de ambos, tratando de manejar fechas y esas cosas que para Ignacio estaban absolutamente perdidas en el tiempo. Después del tercer "no" la mujer no ahorro palabras, ni adjetivos para contestarle. Todo terminó muy mal, con una cena interrumpida.

Cuando llego al hotel estaba agotado, todas las razones se habían disgregado en un enjambre toxico, intentó leer un rato pero ya había una decisión rotunda en su cabeza. Durante la cena había sido realmente maltratado sin un motivo claro que lo justifique. "Dar una opinión en este momento me llevaría a adelantar el insólito final de este cuento pero vale la pena un análisis mínimo de los acontecimientos, del comienzo de la relación, de dos vidas que seguramente no estaban destinadas a generar amor. Puedo decir que después de tres años, donde la afinidad se apoyó en el hecho que ambas carreras profesionales de alguna manera se habían ligado por una simple relación estética, coincidieron en ciertos ámbitos. Hoy, después un considerable intermedio, vuelven a encontrarse.

Son los mismos, una escultora notable y un arquitecto experimentado, la misma loca actitud, intentando sin claridad y ya sin las mínimas coincidencias robadas a la estética. Son dos seres destrozados por obra de ellos mismos, con distintos afanes, presos de sus propias subjetividades". La dejó en su hotel, la despedida fue el silencio. Al día siguiente, se dejó absorber por su trabajo, pero en las primeras horas regresó al misterioso lugar que habían descubierto. Pudo ver detalles desde la misma boca de esa mezcla de agujero, túnel, nido.

Tenía por lo menos cuatro metros de altura, toda tierra, algunas pasturas. Ayudado por una linterna grande intentó un temeroso ingreso; se abrió un largo sendero que terminaba en una curva. A medida que avanzaba, su ansiedad lo aventuraba a continuar, gravó en su mente cada detalle, lo necesitaba, al llegar a la curva esta se abrió en otra con cierto declive. Hasta allí llegó. Su actitud, casi obsesiva, había hecho estragos, traspiraba a mares, estaba nervioso.

Era tal su estado que sobre el regreso quedó paralizado al descubrir que ciertas huellas lo habían estado siguiendo permanentemente. Continuó casi corriendo hasta la salida donde el pobre hombre, casi desbocado, no pudo más que reír. En realidad, había descubierto sus propias huellas.

De a poco pudo calmarse e integrarse nuevamente a su trabajo, después de este hallazgo no quedaba más por descubrir. Aquel hombre después de cumplir con su plan se alejó del lugar, apuró sus pasos, el lugar ya estaba sombrío. Desapareció. Ignacio terminaba ya su jornada cuando recibió una nueva llamada de Amalia, hacía ya dos días que no hablaban. Con el mal humor de siempre, después de algún comentario, le sugirió que quería que la llevara de regreso a su casa en Brandsen, algo prácticamente imposible teniendo en cuenta las responsabilidades de Ignacio (recordemos que estaban en Chile). Pero quería previamente que la llevara a recorrer la obra. Y así fue, al día siguiente cayendo la tarde. Cuando salía de aquel lugar tenebroso, no pudo más que echar un respiro, después de una mínima sonrisa mientras caminaba en su regreso disfrutando un cigarrillo, se le abrió un pensamiento: "¡Mmmm, que buen libro!...

El Yeratou

Oswaldo Gazzola

En memoria de Jorge Neglia, Norma Fontenla, Rubens Stanga,
Marta Raspanti, Margarita Fernández, Carlos Santamarina,
Antonio Zambrana, Carlos Schiafino y Sara Boschovsk,
bailarines del cuerpo estable del Teatro Colón
fallecidos en un accidente de aviación el 10 de octubre de 1971.

Mi viejo sí que tenía un oído bárbaro, un educado y perfecto oído musical. Sólo con oír los dos o tres primeros compases te decía al instante, sin dudar, es Addioallamadre, Cavalleria Rusticana, de Pedro Mascagni; es Che gelidamanina, La Boheme, del gran Giácomo Puccini. Y nunca se equivocaba. Era cosa de no creer lo que sabía de óperas.

Sus amigos del bar, donde los martes iba a tomar un vermú y jugar al truco, y mi madre, especialmente mi madre, le insistían que fuera a uno de esos programas de preguntas y respuestas de la tele, que dan como cien lucasen premios. Pero él no quería saber nada de nada. Decía que concursar por plata era bastardear su amor por la ópera, que la plata se la ganaba laburando de maestro panadero, como su padre, como su abuelo –que le enseñaron el oficio de pibe-, que eran pobres, pero honrados y no andaban por ahí pavoneándose con sus conocimientos.

Claro, la que tiene que poner la cara y pedirle al almacenero que nos fíe, que nos aguante hasta fin de mes, soy yo, rezongaba mi madre, pero mi viejo nunca aflojaba. En realidad, nunca lo vi aflojar en nada. Era bastante cabeza dura. Sólo en eso me parezco a él, porque para la música soy un tronco hecho y derecho. Lo único que podría reconocer La donna e mobile por esos compases tan pegadizos, pero nunca me acuerdo si es de Rigoletto de IITrovatore.

Me hacía cada lío con las óperas y mi viejo me gritaba mil y un reproches desde esa silla mecedora que usaba para dormitar al lado del tocadiscos mientras se deleitaba con la Callas o con Kraus. No podía entender, no le entraba en la cabeza que su hijo, su único hijo, en el que había puesto todas sus esperanzas y sueños, al que ejercitaba todos los días haciéndole oír las arias más famosas, no supiera diferenciar La Traviata de Aída.

¡No es lo mismo, no es lo mismo! ¿Pero qué tiene usted en esos oídos?, gritaba desconsolado ante mis continuos despistes musicales.

Dos veces por mes iba al Colón, a la función vespertina y al paraíso, donde las entradas son más baratas, y en más de una ocasión me obligó a acompañarlo pese a las protestas de mi madre, que quería que yo siguiera abogacía, una profesión digna, que deja mucha plata y no esas estupideces del canto, repetía con marcada obstinación y en voz alta para bronca de mi viejo.

Él siempre me decía que yo tenía buena voz, que tenía que educar mis cuerdas vocales, estudiar canto y aprender música para ser cantante de ópera, que leguleyos –refunfuñaba alzando la voz para que lo oyera mi madre- hay muchos y como se la pasan todo el día en pleitos, defendiendo chorros y asesinos, no disfrutan de la vida y capaz que terminan en cana junto con alguno de sus clientes.

Cuando mis viejos discutían, discutían en serio como si fuera de vida o muerte, o eso, al menos, era mi impresión. Los miraba discutir asustado desde un rincón del patio, escondido detrás de una enorme maceta repleta de malvones, mientras mentalmente hacía fuerza para que ganara mi madre, así, cuando mi viejo se iba al Colón, podía rajarme a la canchita del otro lado de las vías del ferrocarril para jugar un partido de fútbol.

Todas las tardes me llevaba a la pieza donde estaba el tocadiscos, una sala que usábamos como comedor sólo cuando venía alguna visita, porque nosotros almorzábamos y cenábamos en la cocina, sobre una mesa con un mantel de hule

floreado, lleno de agujeros en las esquinas de los puchos que dejaba olvidados mi viejo. Ponía el tocadiscos, se acomodaba en su mecedora y me hacía oír primero Aída. Una, dos, tres veces para que la memorizara. Luego Nabucodossor, una, dos, tres veces y así día tras día, a la hora de la siesta.

Si estuviera vivo me volvería a cagar a patadas en el culo por no haber estudiado canto, como lo hizo cuando me ratié de la escuela para ir a jugar la final de un campeonato inter-barrrial en una cancha de once, con buen césped, bien cuidado. Yo no era un mal wing y siempre jugaba sobre la raya, como lo hacía el "Loco" Housseman, para llegar al fondo y mandar centros envenenados al área chica, ésos que son el terror de cualquier arquero... Bueno, ahora no le dicen más wing, no saben aprovechar las puntas como antes.

El chico tiene que hacer deportes, está en plena edad de crecimiento, era el apoyo que tenía de mi madre, pero el viejo no quería saber nada con el fútbol, pretendía que yo fuese cantante de ópera y cuando algo se le ponía en la cabeza no había vuelta de hoja.

Una tarde, cansado de tanto oír a Caruso en el aria de Turandot, le dije en broma que me iba a anotar en el cuerpo de baile del Colón. ¿Bailarín? ¡Ni lo sueñe!, gritó como si le hubiera nombrado al mismísimo diablo. ¡Va a terminar siendo un manfloro. Usted tiene que ser cantante de ópera, pero bailarín jamás! No quiero afeminados en mi casa.

Bueno, yo no quiero ofenderte a vos, pero eso decía mi viejo. Se le había puesto en la cabeza que todos los bailarines son maricas y no había forma de convencerlo de otra cosa. Claro, a él le hubiera gustado ser cantante de ópera, que su único hijo también fuera cantante de ópera, para mirar desde el escenario como baja el telón y va escondiendo los aplausos hasta convertirlos en un suave y explosivo murmullo continuo de embriagadores halagos. A mí también me hubiera gustado ser cantante de ópera, pero ahora... Ahora me doy cuenta porqué me siento todas las mañanas en esta plaza, justo entre el Colón y el Palacio de Justicia. Estoy de nuevo en medio de los tironeos de mi viejo y de mi

madre, como cuando era chico y me escondía detrás de la maceta de malvones cada vez que discutían.

¿Yo no sé por qué les cuento esto a ustedes? A lo mejor, porque son los únicos que no me van a reprochar nada. Si me ven hablándoles van a creer que estoy loco. Menos mal que no pasa nadie a esta hora, ni los clientes de esa fonda donde laburo, donde van los olvidados de la vida, los abogados defensores de causas perdidas. Yo siempre les digo a los clientes que no es el Yeraton, pero que igual se morfa bien, que los platos son abundantes. Claro que hay que tener mucha guita, saber vivir bien para ir a comer al Yeraton y después tomar unos tragos en una confitería como la gente, a ésas donde van los bacanes, los que tiene abono en los palcos del Colón.

Mi viejotambién coleccionaba fotos de todos los teatros líricos del mundo, los conocía sólo por fotos, porque el viaje más largo que hizo creo que fue a Rosario, cuando falleció su hermano.

La muerte de mi tío fue como un aviso. Sí, un aviso de que él también en cualquier momento podía estirar la pata. Y se fue a los pocos meses y mi madre también ese año. Recuerdo que volvió distinto de Rosario, porque me hablaba de otra forma, ya no me hostigaba para oír óperas. Creo que mi madre también se dio cuenta cómo había cambiado el viejo, porque una noche la encontré llorando en el cuartito del fondo, donde tenía su máquina de coser, una de las buenas, de esas de antes con pedal y estructura de hierro forjado. Ya no las fabrican más así.

Cuando le pregunté por qué estaba llorando, me dijo que eran cosas de mujeres, que cuando fuera grande iba a entender, pero luego me hizo jurar que no le diría nada a mi viejo. Los dos se fueron casi juntos. El viejo se murió una tarde lluviosa de marzo. Se sentó en la mecedora, puso un disco de Kraus, su preferido, se quedó dormido y no despertó más. A los tres meses murió mi madre, casi igual que el viejo, sin decir ni ¡ay!, ahí sentadita frente a su máquina de coser.

Yo los miro a ustedes, arriba de esa fuente que nunca tiene agua, que nunca limpian, y no sé por qué me hacen acordar a mis padres y eso que no se parecen nada de nada. Ellos eran viejos, pero ustedes... ¡Si me los pudiera llevar sería el hombre más feliz del mundo! Ya me imagino al dueño de la pensión, enloquecido, si me viera entrar con una estatua. ¿De dónde la sacaste? ¿Estás loco? Te van a llevar en cana, te van a dar como 10 años, por lo menos, y a mí también, por encubridor.

Pobres, dicen que era la mejor pareja de bailarines que tuvo el Colón. Jorge y Norma se llamaban. Ni siquiera pusieron una placa con sus nombres... A lo mejor había una de bronce y seguro que la afanaron. ¡También con la mishiadura que hay! Ya me voy a acordar de sus apellidos. No tengo la memoria de mi viejo, pero me acuerdo que él lloró mucho. Creo que fue la única vez que lo vi llorar o, mejor dicho, la única vez que me permitió verlo llorar. Miraba esa foto del diario, de la avioneta que sacaban del río con una grúa enorme, y repetía ino puede ser, no puede ser! A mí también me dio mucha tristeza, yo tendría unos dieciséis años, pero me acuerdo como si fuera hoy. Estaban en la flor de la vida, en el mejor momento de su carrera, y se fueron a morir por una boludez, porque el diario aseguraba que la avioneta se había caído por sobrepeso de equipaje.

Viajar es lindo, pero el avión se puede caer, como el de ustedes. Bueno, tampoco es tan feo ser mozo de una fonda, aunque no pueda viajar por todo el mundo, pero si uno ahorra las propinas puede darse algunos gustos.

¡Uy, ya las siete y media! ¡Cómo se pasa la hora! Si hubiera conseguido entrar en el Yeraton, de mozo, de botones aunque sea, a lo mejor hoy andaría en auto, porque la gente que va al Yeraton deja muy buenas propinas y si es un turista extranjero ligás dólares o euros. Tendría un usado, como para pasear los sábados y domingos con alguna mina, ir a bailar a algún boliche con poca luz, para apretármela bien, y luego, para completar la noche, llevarla a un telo de esos con las cocheras al lado de la habitación. Después lo cambiaría por un cero kilómetro con un baúl bien grande para llevarme la estatua de Jorge y Norma

cuando nadie me vea y ponerla en la pieza, para que la mejor pareja del Colón baile sólo para mí en ese movimiento perpetuo, para contemplarla todas las noches, para envidia de toda la pensión, para que sepan que a mí, así como me ven, por más que trabaje de mozo en una fonda de cuarta, no soy ningún bruto... Que a mí, de pibe, mi viejo me hizo conocer todas las óperas de pe a pá, la buena música y no ese tachín-tachán que ahora pasan a cada rato por la radio.

Afuera Es Noche Y Lluve Tauto

Susana Marta Ferroni

Si quiere le cuento, Señor Oficial; soy su hija.

La mujer está durmiendo en el camastro de su celda. El cuarto está en una semi-penumbra hostil, dañosa. La madrugada sombría y lluviosa se filtra y alumbra apenas el ambiente húmedo y subterráneo. Un plato de comida sin tocar alberga cucarachas infestas, portadoras irremisiblemente de pestes. La mujer se ve sucia y despeinada pero aún en la estancia apenas iluminada no se oculta la magnitud de un rostro que se adivina, con óvalo perfecto, pómulos salientes, labios apetecibles y brillo propio.

Llora el sasandu en las sabias manos del músico. Acaso sueña, la mujer, con las noches de esplendor y dorados relucientes en el imponente escenario de Java Oriental. Su cuerpo contoneándose, mostrando aquel vientre chato y perfecto encendido por perlas que contrastan con el color aceitunado de su piel sedosa, delicada, tersa. La cabeza sigue al torso casi desnudo, acompañada de la mata de pelo rojizo que se bambolea al compás del baile exótico para delicia de los magistrados y sus invitados. Y esos ojos, Señor, ¡qué ojos! Aterciopelados, gatunos, sensuales y anfitriones del amor. Las manos que se deslizan a lo largo del cuerpo, incitando a la pasión, al ímpetu, a la exaltación. Y todos los otros ojos, devoran, engullen, mastican esa carne tibia, suavcita, incitadora, prometedora de glorias no conocidas y placeres excesivos, exuberantes, que la pasión oriental cultiva y enseña como si fuera una religión.

Bajo la túnica de seda que cubre levemente sus pechos, se advierte apenas, una cicatriz empedernida que enluta su belleza sensual: dicen que su marido, en un ataque de furia y de ira mezclada con bebida, le dio una dentellada en el pezón izquierdo y se lo tragó.

El baile sigue y sigue, deleitando y seduciendo por igual, a hombres y mujeres, despertando en algunos, sentimientos de admiración, asombro, entusiasmo; en otros, emociones lascivas y lujuriosas.

De pronto, sus movimientos ondulantes crean mundos soñados e idealistas, refinados, coloridos, exóticos. El ensueño comienza a apoderarse de las mentes al amparo de las vibraciones aristocráticas, bellas, depuradas, que aquella mujer engendra con sus manos y pies descalzos. El vientre vuelve una y otra vez a vibrear, presuroso, diligente, precipitado, en espiral vertiginosa. La sonrisa errática; los ojos feroces, centelleantes. La danza emborracha las mentes que dejan entonces llevar los cuerpos, caparazones no indiferentes, tras el embrujo diabólico de la señora.

Duerme profundamente la mujer; parece plácida, sosegada, serena. Los labios entreabiertos en una casi sonrisa, leve, imperceptible, sutil. Alguna rata piadosa la observa pero sigue su camino hacia su escondrijo, frotándose sus bigotes gelatinosos y oscuros.

Casi no recuerda su verdadero nombre, el de nacimiento, porque aún está en el umbral del sueño o porque su mente lo rechaza. Margarita Gertrudis Zelle nació en Leeuwarden (Holanda) en 1876. Hija de madre bailarina y padre desmerecido comerciante, la niña, muy bella, alta, distinguida, aunque con algo de tosquedad debido a su educación precaria, creció en un hogar profundamente escindido por violencia familiar. Cuando tenía quince años perdió a su madre, muerta a raíz de una suma indefinida de estrecheces económicas y malos tratos de un marido ocioso y dedicado a la bebida. Después de este episodio desgraciado, se profundizó su agresión, que descargaba, implacable, sobre los hijos, en especial sobre la niña. Le quitaron la custodia al padre y se la otorgaron a un tío nada cariñoso, que envió a la jovencita a estudiar el magisterio a un internado para señoritas. Su belleza, no desapercibida, despertó la pasión insana del director y por esta razón volvió a la casa del tutor sin título ni ilusión y su propia ambición personal postergada.

Por ese entonces, pasaba sus días en su cuarto, reclusa y, por sola compañía, los libros del tío, que devoraba, ansiosa y expectante, esperando hallar en ellos el germen de la vida que ella deseaba para su futuro.

Fue en ese momento en que una noticia que leyó en un periódico, le habría de cambiar la vida. Un alto jerarca del régimen político finisecular holandés, con grado de Capitán, en su paso por el centro de Europa para asistir a un curso de Estrategias militares, publicó un aviso solicitando esposa para acompañarlo en su misión en la isla de Java, como Oficial destinado a las Indias Orientales holandesas. ¡Salir de aquella casa que consideraba su prisión, era el propósito más deseado y deseable de la joven!

El susodicho recibió seis cartas pero, en una de ellas había un pequeño retrato a lápiz, perfumado con esencias que, aún baratas, completaban el aire de sensualidad que la imagen provocaba.

Margarita Gertrudis Zelle fue la elegida y allí marchó con sus fantasías, en busca del poder y la fortuna que se había propuesto como metas irrenunciables.

El Oficial de turno, encargado de hacer cumplir la fatídica sentencia, la mira un momento con algún destello de piedad. Toca su hombro; la llama, quedo, sin gritos, tratando de arrebatársela suavemente de sus sueños o ensueños, quimeras o ilusiones, ya partidas, rotas, desgarradas por el destino implacable. Pero la "otra" realidad atraviesa el cuarto oscurísimo del encierro y algunas sombras de la madrugada lluviosa se aposentán sobre el cuerpo en reposo.

Berlín la aclama. Y si Ud. supiera, Señor, ¡cómo la adoraban! La mujer aprovecha su hechizo: es la amante del jefe de policía de la ciudad, y posteriormente de Kraemer, cónsul alemán en Amsterdam y jefe del espionaje de su país. Kraemer la usa, le ofrece mucho dinero a cambio de obtener información de los militares franceses. La ambición puede más. Ella viaja y se transforma en una dama mundana.

Viena la recibe alborozada: su enigma pasa fronteras. Dicen que fue allí, donde se enamoró perdidamente de un simple y pobre soldado milanés, Giuseppe Vicentini. Tal vez fue su único amor, pero sus devaneos hicieron que el soldado la despreciara, sumiéndola en una repentina tristeza, que seguramente le duró poco, entregada al tráfico y negocio, de dinero y poder.

El Oficial, conmovido en esos instantes finales, le acaricia los cabellos, y el cuerpo casi inerte, tendido en el jergón infame de la celda, se mueve apenas. Los ojos emborrachados de ensueño, pestañean.

Prodigiosamente se encienden miles de luces, el bullicio sordo del teatro se acaba como por encanto. El telón del Moulin Rouge, ubicado dentro del barrio Montmartre, en París, se abre y aparece un revoloteo de faldas y colores al compás del cancan barullero y pegadizo que enciende ya los sentidos, ávidos de nuevas sensaciones. Y después del movimiento acompasado de piernas, los cuerpos se deslizan en parábola perfecta y aparece la figura imponente, esfinge o mujer, casi desnuda, apenas cubierta con una gasa que cubre parte del torso. Y cada movimiento que realiza la dama es seguido con embeleso por aquellos seres que hoy se dieron cita en el teatro sólo para verla, admirarla, amarla y perderse en sus sinuosidades infinitas que semejan desiertos, cumbres y depresiones en una geografía desafiante pero a la vez adorable.

¡Qué mujer!, Señor, casi no se puede describirla; tal vez, sólo se intentara vivirla, entregarse a ella como un cervatillo asustado.

El capitán Ladoux, jefe del Servicio de Espionaje y Contraespionaje francés se levanta nervioso del asiento de su palco rojo. Atraviesa las largas galerías, alucinado. Deja su tarjeta y un presente en la forma de un anillo de diamantes para la señora. Sale y se desvanece en la noche y en la espera larga, dura, ansiosa. Regresará.

Dicen que ya desde la primera vez, se fueron abrazados al amparo de la fría y oscura madrugada parisina. La champaña y el amor invitan al hombre a la

confesión de esos secretos que la mujer sabe muy bien descubrir y extraer de la mente embriagada y del cuerpo ansioso, anhelante, afanoso. Al otro día, el hombre sólo deseará el encuentro aunque eso le signifique entregar las estrategias reservadas y confidenciales de Estado. El orgullo francés jamás le perdonó esta traición y la burla a la vanidad machista. La guerra está en franca efervescencia. La mujer se cruza en los caminos de jerarcas y nadie puede resistirla.

El oficial la llama "señora" y esa voz, inusitadamente amable, logra que los ojazos se abran y miren la celda como si recién la descubriera. "Llegó la hora", le dice en voz baja, como si pretendiera que el pasaje del sueño a la realidad, fuera menos traumático. Apenas se acostumbra a las sombras, la mujer comienza a incorporarse lentamente. La vista perdida en la lejanía percibe luces, ahora inexistentes.

La señora se incorpora y pide su deseo postrero: asearse y maquillarse para la ceremonia. Mientras lo hace, acaricia suavemente el seno malogrado, recuerda a sus hijos y un repentino y, tal vez, único momento de culpa, se apodera de ella. Pero es sólo un instante.

El Capitán von Travel, testigo de muchos de los hechos, narra que la mujer, después de su casamiento, comienza una vida licenciosa con amantes militares y políticos. La impresionaban los uniformes. Tuvo dos niños con su marido: el varoncito murió y el padre la culpó siempre por su abandono. Asegura también que, el esposo, después de la desgracia, se dedicaba a la bebida y castigaba ferozmente a la mujer. Esto la lleva a la separación y al abandono de la hija. Comienza entonces, una vida que se inventa, ascendiendo socialmente a costa de mentiras, fabulaciones y venta de su propio cuerpo. Se presenta en los salones como bailarina oriental, asegurando que en su niñez, bailaba para los rajás.

Los acusadores la muestran como una prostituta de lujo, de mucho lujo. Alcanza el poderío y la riqueza; despierta la pasión y la lujuria pero, en las postrimerías de la guerra, no conviene a nadie, que la mujer hable. Es muy peligroso. Sabe muchos secretos de Estado: Unos justifican la pérdida de la guerra con los informes que ella entregó; los otros no perdonan la afrenta de ser engañados por una mujer.

Las contiendas son así: calientes en las trincheras; muerte y despojo en los cuerpos; frías, en los salones; impiedad e indiferencia, en las almas.

Cuando en París se sabe la noticia de la inculpación a la mujer, las damas honorables, fingen horrorizarse cuando escuchan el lapidario "espía". Y los hombres respetables, muchos de los cuales frecuentaron su alcoba, simulan y disimulan enojo, enfado, irritación, en cuanto se pronuncian las palabras categóricas, "doble agente".

Alguien que la conoció y amó dijo, diez años después de su muerte, que, en la intimidad, ella no era más que un endeble, frágil y quebradizo ser humano, que había buscado el amor afanosamente y que, se había refugiado en una identidad falsa para enfrentar los avatares de una existencia deslucida, opaca, con pérdida de ilusiones, pero que, a ello, opuso su talla, inconformista y atrevida.

Es de noche. Lluve y las chispas frías, hirientes, caen empedernidas sobre el rostro aún armonioso y delicado. Expresa un último gesto seductor y desafiante que muestra cabalmente su personalidad, frente a los guardias que preparan, afanosos, el fusil. La mujer se quita el antiguo y raído abrigo de pieles (que le permitieron llevar), deja el cuerpo al desnudo, como una estatua maravillosa y perfecta al que las enormes gotas de agua, inmensas, heladas, filosas, no le tienen piedad. Un estremecimiento parece recorrerla como una ráfaga eléctrica. Se dice que, de los veinte tiradores, sólo cuatro de ellos, dieron en el blanco. Última compasión de los hombres simples que sólo cumplen órdenes de sus jerarquías.

Y mire, Señor, lo que es el destino, el impacto va directo al corazón; intacto queda el rostro espléndido; también, el esbozo de esos labios queriendo resolverse en sonrisa.

Un segundo antes, había agitado la mano en señal de saludo. Pedía, a los gritos, que la acusación final, frente al pelotón de fusilamiento, se la hicieran al nombre que ella misma eligió llevar, con olor a incienso, pimienta y opio orientales, en un todo acorde con su vida inventada: Mata Hari. Era la madrugada del 15 de octubre de 1917.

Cuento mínimo de Castilla

Elena Liliana Luchetti

Isabel

La niñita entreabre la puerta de la alcoba. Las cortinas del lecho están casi cerradas: se esfuerza para ver a su papá. ¿Por qué tose? ¿Por qué después se queda tan quieto que apenas se nota su respiración? ¿Por qué no gira la cabeza hacia ella y le sonrío como siempre? ¡Qué olor! ¿Remedios? ¿Por qué nadie le aclara qué pasa?

A los pies de la cama dos hombres de larga túnica negra, con las cabezas inclinadas cubiertas por la capucha, murmuran algo: ¿Qué? ¿Conversan? No. Parece que hablaran al mismo tiempo. No se miran. Tampoco miran a Juan. De a ratitos, sin parar de hablar, alzan los ojos hacia el techo. ¿Qué pasa en el techo? No alcanza a ver. Está alto. Muy alto. Tampoco oye lo que dicen. ¿Entrar? Su papá no la autorizó. Quizá duerma. Y se enojaría si lo despierta. Ha de estar muy cansado, porque lo nota pálido. Los hombres de negro, cada tanto se golpean el pecho: ¡qué raro!

Mejor buscar a su hermano mayor. Él le dirá qué sucede.

Entreabre la puerta de los aposentos de Enrique. Las voces la detienen. Nunca lo escuchó así. La niñita se asusta. No parece enojado: es extraño cómo habla. El joven está de espaldas. Pero ella se imagina que los ojos le brillan. Con un brillo peculiar. —Voy a ser Rey...

¿Cómo que va a ser rey? ¿El rey no es su papá? Los pensamientos oscurecen las voces. De pronto, emerge la de Blanca, temerosa:

—Esposo mío, Rey de Castilla...

—Aguarda, Blanca, no todavía, pero ya pronto...

El que habla... ¿es su hermano Enrique? ¿No estará confundida? Sin embargo, Blanca le dijo esposo. Pero, ¿cómo va a hablar así? No entiende...

Mejor buscar a su mamá.

Ella le explicará qué pasa.

Entreabre la puerta de la sala de las damas. La reina habla con un hombre. Habla no, grita:

—Cibdareal, hágalo vivir. Se lo ordeno. No se puede morir ahora. Todavía no...

Llora convulsivamente. Toma al hombre por la ropa, lo sacude. Empieza a reirse.

Iba a entrar al cuarto de Alfonso. ¿Para qué? Él no podrá explicarle. Es muy chiquito. Demasiado. No le sirve ni para jugar. Pero Isabel no sabe a dónde ir. Decide entrar igual. Para estar en algún lado. Para no estar sola.

Desde la cuna, su hermanito le sonrío y le tiende los brazos. ¡Pobre Alfonso! Parece que papá está enfermo. ¿Y si se muere?, ¿qué vamos a hacer, Alfonso? ¿Qué vamos a hacer cuando mamá se ponga como loca, si no está papá para calmarla? Tengo miedo. Ahora, hasta me da miedo Enrique. Tiene la voz rara. No parece la suya. Lo hubieras escuchado: Voy a ser Rey... ¿Cómo rey? ¿El rey no es papá? ¿Vos entendés algo, Alfonso?...

Los corredores están mudos. Nadie transita por ellos.

Sobre las losas, los pasitos de la nena hacen ecos retumbones. No le gusta estar sola. Se asoma por la ventana para llamar a un paje: quiere compañía. ¿Qué es toda esa gente? ¡Qué bochinche! Miran hacia la ventana de su papá. ¿Se habrá levantado? A lo mejor, sólo dormía y ahora se asomó, igual que ella, para llamar a un paje: que le haga compañía; a él tampoco le gusta estar solo. Entonces sí puede ir; su papá le va a permitir entrar. Podrá sentarse en sus rodillas. Acariciarle la barba. Quizá le preste la espada para jugar un poquito. Aunque las

nenas no juegan con espadas. ¡Pero su papá es tan bueno! La gente hizo silencio. Sí, seguro, su papá se asomó; va a hablarles, por eso se callan...

—El Rey ha muerto. Viva el Rey.

La niña llora. Isabel, soberana de Castilla, ha nacido. (En el mediodía, el cielo resplandece).

El príncipe Enrique

El joven entreabre la puerta del cuarto de su padre. Las cortinas del lecho están casi cerradas: apenas si logra verlo. ¡Cómo tose! Después se queda tan quieto que casi ni se nota su respiración. ¡Qué olor a remedios! A los pies de la cama los dos sacerdotes, con la cabeza gacha, murmuran sus rezos. No se miran. Tampoco miran al Rey Juan. De a ratos, alzan los al cielo y se golpean el pecho. ¡Qué pálido está el enfermo!

Ya en sus aposentos, en la certeza de la muerte, dice a Blanca:

—Voy a ser Rey...

La puerta se entreabre a sus espaldas. Pero ni mira quién es, no se preocupa de que lo oigan, total, él va a ser el rey, casi lo es.

—Esposo mío, Rey de Castilla...

—Aguarda, Blanca, no todavía, pero ya pronto...

Tendría que ver a su madrastra. Sugerirle un buen retiro. Sacarla de en medio. A ella y a sus hijos.

Entreabre la puerta de la sala de las damas. La reina habla con el médico. Habla no, grita:

—Cibdareal, hágalo vivir. Se lo ordeno. No se puede morir ahora. Todavía no...
Llora convulsivamente. Toma al hombre por la ropa, lo sacude. Empieza a reírse.
Enrique siempre creyó que la vena de locura de la casa de Portugal había entrado a Castilla con la reina. Y no está equivocado. No se podrá razonar con ella. Habrá que apartarla. Ya verá cómo.

Los corredores están mudos. Nadie transita por ellos. Sobre las losas, los pasos del príncipe provocan ecos. Por una ventana espía a la muchedumbre vocinglera que espera la muerte de Juan. Súbitamente hacen silencio. ¿La reina se habrá asomado a una ventana para hablarles? En su desvarío es capaz de cualquier cosa.

—El Rey ha muerto. Viva el Rey.

Enrique IV sonrío. No sospecha que Isabel, soberana de Castilla, ha nacido. (En el mediodía, el cielo resplandece).

La reina

La esposa entreabre la puerta del cuarto. Las cortinas del lecho están casi cerradas. Apenas si logra ver a su marido. ¡Cómo tose! Después se queda tan quieto que casi ni se nota su respiración. ¡Qué olor a remedios!

¿Por qué nadie le dice qué hacer, cómo encauzar el futuro, qué pasará mañana?

A los pies de la cama, los dos sacerdotes, con la cabeza gacha, murmuran sus rezos. No se miran. Tampoco miran a Juan. De a ratos, alzan los ojos al cielo y se golpean el pecho. ¡Qué pálido está el enfermo!

¿Y si se muere? ¿Qué será de ella? ¿Y de sus hijos? ¿Irse a otro castillo? Sí. Y allí educar a Isabel y a Alfonso. No quiere que presencien la disolución que se avecina en la corte. No. Severidad y rigor. Prepararlos para ser reyes. Pero,

¿qué está pensando?! Juan se va a sanar, se tiene que sanar. Juan vivirá. ¿Vivirá?

Mejor ir en busca de Enrique para hacer un acuerdo. Ponerse a salvo. Ella y sus hijos. Irse pronto.

Entreabre la puerta de los aposentos de su hijastro. Las voces la detienen. Siempre temió escuchar así al príncipe. El hombre está de espaldas. Pero no duda de que los ojos le brillan. Codicia. Ambición. Poder.

—Voy a ser Rey...

Sus pensamientos oscurecen las voces. De pronto emerge la de Blanca, temerosa:

—Esposo mío, Rey de Castilla...

(Ten cuidado; si es Rey quizá deje de ser tu esposo; no fuiste bendita, no tienes descendencia; eres yerma, un erial; no acunaste nueve lunas en tu seno. Van doce años. Ningún hijo. El trono necesitará herederos. ¡Pobre Blanca!).

—Aguarda, Blanca, no todavía, pero ya pronto...

La reina se apoya en la pared. ¿Cómo alejarse de Enrique sin desafiar sus iras? Debe ocurrírsele algo. ¿Será que las mujeres están destinadas al temor?

Se dirige al cuarto de las damas. Manda llamar al médico: le ordena a gritos que haga vivir a su marido.

No percibe que la puerta se entreabre atrás de sí.

En el desvarío dice que Juan no se puede morir ahora. Que no todavía.

Llora convulsivamente. Piensa en sus hijos: ¿qué será de ellos? De pronto toma a Cibdareal por la ropa, lo sacude como para conminarlo a obedecer. Repentinamente le pareció tener un pelele entre las manos. Como sus muñecos de infancia. ¿Qué habrá sido de ellos? Recordando, empieza a reír.

Va a entrar a ver a Alfonso. Quiere cerciorarse de que a él no le ha pasado nada.
¡Es tan chiquito!

Desde la cuna, su hijo le sonrío y le tiende los brazos. ¡Pobre Alfonso! No sabes nada. Tu padre se muere. ¿Qué vamos a hacer? Tengo miedo. Me da miedo Enrique. Lo hubieras escuchado: "Voy a ser Rey...". ¿Por qué no sos más grande para pedirte consejo? Sos el hombre de nuestra familia. Te competen las decisiones. ¡Oh, Alfonso, tan chiquito!

Los corredores están mudos. Nadie transita por ellos.

Sobre las losas, los pasos de la reina provocan ecos.

Por una ventana espía a la muchedumbre vocinglera que espera la muerte de Juan. Súbitamente hacen silencio. ¿Enrique se habrá asomado a una ventana para hablarles? Es muy capaz de...

—El Rey ha muerto. Viva el rey.

La reina se estremece. Isabel, soberana de Castilla, ha nacido. (En el mediodía el cielo resplandece).

El rey Don Juan II

¿Dónde estará el Marqués su amigo? ¿En sus tierras de Santillana? ¡Si viniera ahora para confortarlo! Ahora que él va haciendo la vía por la tierra fragosa de la muerte... ¿Por qué no llega Juan de Mena? Tantas tardes que compartimos... ¿y no hoy? Tampoco entra Iñigo de Mendoza. ¿Qué pasa que no viene nadie? ¿Y Enrique? La niñera no me trae a Alfonso. ¿Isabel y su aya? ¿Mi reina? No me gusta estar solo. Si pudiera aunque sea levantarme, me asomaría a la ventana para llamar a un paje. A alguien. Cualquiera. Una persona. Quiero compañía. Pero estoy tan cansado. Esta tos que no me deja. ¡Cómo me cuesta respirar! ¡Cibdareal que no puede aliviarme! Deberé buscar otro médico. ¿Y ese murmullo

de afuera? Parece gente, mucha gente al pie de mi ventana. ¿Un motín y yo en esta cama?

(En el mediodía el cielo resplandece).

La vez 44

María Inés Biagi

El Almacén de Ramos Generales de Rio Pasco se me disuelve hoy en un paisaje extraño. El sol quema diferente, con una suavidad no tan hiriente. Presiento que el pueblo ya no será el mismo. Me convengo que ni la tierra ni el olor a paja, ni el gallinero ni la cortina de tiras serán los mismos que las otras cuarenta y tres veces que anduve por el pueblo. Escucho la pregunta del almacenero, ¿Qué se le ofrece, don? No le respondo. ¿Para qué responderle que no se me ofrece nada? ¿Para qué responderle que en aquel pueblo se me niega todo? Y me pregunto, y me respondo como un loco. Creo que pensé en voz alta porque el tipo me mira insistentemente, menea la cabeza; intuyo lo que piensa de mí, lo que todos los de acá piensan, que soy un pobre loco sin remedio. Para ellos es fácil. Entre todos tejieron esa trama de silencio que se respira hasta en los corrales.

¡Aflojá, che, esos dos viejos y ese pueblo te están enloqueciendo de a poco!, me dijo el abogado: ¡Esperá!, no te vuelvas loco, no vas a lograr que te firmen nada así. ¡Esperá! ¿Esperar qué?, le respondí cansado de los tiempos parálíticos de la justicia, ¿Que se mueran los viejos? Todo este tiempo había contado las calles caminadas en las cuarenta y tres veces que visité Rio Pasco, de ida y de vuelta, había observado las veredas de pastos sin cunetas, memorizado las ochavas, los números de las casas, contado las lamparitas de las esquinas y siempre lo mismo. Las cabezas ocultas detrás de las cortinas de las ventanas ya me resultaban familiares, los saludaba y, por respuesta, obtenía siempre lo mismo: nada. Espiaban. Conocía de memoria a los perros de la calle y ellos a mí. Había pasado días y noches sentado en la vereda de enfrente de aquella casa de verjas, en la esquina, más allá, imaginando cómo habría sido. Horas permitiéndome dudar ¿Será acá? ¿Seré yo? ¿Y si no fuera? ¿Si los viejos no fueran lo que yo espero, lo que ansío? ¿Si los datos fueran falsos? Hace unos días pensé que

estaba empezado a encariñarme con Río Pasco, con las puertas mudas y heladas y las ochavas que esquivaban mi paso porque ellas también sabían y tampoco hablaban pero hoy... Hoy es otro día, un día diferente, hoy el amarillo domina, es un día demasiado cálido, agobiante diría. Ni los pájaros salen a esta hora. Miro el reloj, son las tres de la tarde. Debe hacer tiempo que no llueve por Río Pasco, pienso a medida que cuento las calles y los pasos nuevamente: sesenta y uno, sesenta y dos, sesenta y tres... Los zapatos se me entierran en el polvillo flojo de mis pasos firmes, decididos hoy a terminar con todo, salga como salga. Cuarenta y cuatro veces caminé las mismas cuadras. Quitaron la cerca, la de color verde inglés, y la reja, y las plantas están secas. ¿Y el perro?, ¿dónde estará? Seguro que acompañó a la vieja a hacer algún mandado. Otra vez, como tantas veces antes, golpeo. El viejo asoma apenas la cabeza ¡Otra vez vos! ¡Sos insistente igual que...! El viejo calla de golpe, sabe que habló de más, que lo traicionó el temperamento, confió en que yo no me hubiera dado cuenta, pero sí, me di cuenta. ¿Me deja entrar al baño?, vengo caminando hace rato, el micro me dejó lejos; le miento y señalo cualquier lado, total, alrededor todo es descampado, Por allá, me dejó por allá.

El viejo me había atendido siempre en la calle y no entiendo por qué hoy me abrió la puerta de par en par y me hizo entrar. Ni bien traspasé el umbral pensé, ¡Hoy estoy decidido a reconocer con mis sentidos cualquier cosa en el aire de esta casa! ¡Cualquier cosa que dispare mis recuerdos!

¿Qué decís, pibe?, me pregunta el viejo y tose.

Nada, no dije nada, Don. ¿Por dónde?, pregunto por el baño. Por allá, me señala a la derecha. Hay muchos muebles viejos en la sala verdosa, muchos adornos llenos de polvillo. Ninguna foto. ¡Con lo que ansío ver una foto! ¡Al menos algo que agregue pistas a mi búsqueda!

Me miro en un trozo de espejo sobre el lavatorio, Ya estás medio loco, Ernesto Gorbacán, últimamente se te ha dado por pensar en voz alta. Mirá si el viejo escucha tus pensamientos, no te firma nunca más. Salgo del baño, veo que el

viejo camina con muletas. Aquella, la última vez que estuve, cuando le gritó a la señora de rulos que cultivaba un almácigo de tomates en cuclillas: ¡Vieja, entrá!, no las tenía. Se corre a un costado para que yo pase, un gesto de dolor lo traiciona. Se esmera en demasía por mostrarse íntegro. ¡Viejo terco!, pienso. ¡Comienza a inspirar ahora Ernesto Gorbacán! Temo ahogarme en ese aire fatigoso, denso y, también temo que el viejo me lance a la calle como otras cuarenta y tres veces, pero no, apoya las muletas en el borde de la mesa de fórmica, se da vueltas, prende la hornalla, Viste, pibe, tengo que arreglarme cómo puedo ahora; me dice mientras busca en el cajón de los cubiertos.

Yo no soy un pibe, don, ya tengo veinte nueve, le contesto.

Para mí sí. Me dice clavándome esa mirada de cejas gruesas y párpados de hielo. El viejo es autoritario, su tono de voz es terminante, no es un hueso fácil de roer. Busca la pava, ¡Alcánzámela! El viejo está acostumbrado a mandar, se le nota, ¡Arriba de la estufa, pibe!, la dejé arriba de la estufa. ¡Qué lo parió!

El viejo se sienta, tiembla; creo que tiene Parkinson, ¿Lo ayudo?, casi le digo abuelo, pero no porque lo sea, si todavía no le hicieron el ADN.

¿Qué hago acá? ¿Y si no es, si realmente el viejo no es? ¿Y si son cosas mías? ¿Y si el pueblo calla y se oculta porque no tiene nada que decir? Y si los del pueblo dicen de mí asustados: ¡Ocúltense, otra vez llegó el loco de la ciudad a preguntar por los Carranza! Saco de mi bolsillo el formulario, el que me dio el abogado, el que tiene que firmar el viejo para puedan sacarle sangre para el análisis que me traerá la certeza. Es tan fuerte su mirada que no me atrevo, me amedrenta, no sé cómo empezar y él parece que supiera que me perturba y disimula cargando el mate temblequeando. Se las ingenia bien el viejo. ¿Lo ayudo?, pregunto. ¿Te creés imprescindible, pibe?, yo también me creía, antes, y pude vivir igual sin vos y sin ella. La vieja no. La burla recorre la penumbra de una habitación de cortinados engrasados, de olor a moho y a churrasco. El viejo ya no me mira desafiante, descubro detrás de unas pupilas celestes cubiertas

de cataratas la curiosidad por saber, recorre mi ser con disimulo, siento su mirada que me desnuda hasta el alma.

¡Sentate!, es un sentate seco, parco, como él, me muestra un sillón de cuero gastado.

Sentado lo miro fijamente, ya no aguanto más.

¿Qué hago? ¿Le pregunto? No me hace lugar a que le pregunte, me mira, me escruta, me paraliza con esos ojos duros, intemperantes, de mirada acuosa.

Hubiese querido que te le parecieras, me dice entre chupadas de bombilla, Pero tuviste que parecerle a él, a ese milico mugriento, el que cayó ese día con los otros y revolvieron todo y el puto la tiró ahí. Señala el sillón, sobre el que me hizo sentar. ¡Sí, ahí! ¡Ahí, delante de mí y de tu abuela! Y volvió después de un tiempo, y te llevó, y nos hizo un gesto con el dedo índice en la boca, ¡Ni una palabra y ojo con buscar o denunciar porque vuelvo y prendo fuego al pueblo! El cerebro me quema, los ojos se me salen de las órbitas, un calor helado circula por mi espalda y me paro de golpe y miro aterrado el sillón de cuero ¿Habla de mi padre, el que me crió?

¡Sí, el que nos robó la vida!, y en aquel grito desgarrador al viejo se le corta el aliento y tira la muleta contra una pared. No me atrevo a acercarme, le temo.

¡Mirá!, me ordena ya sin fuerzas, le tiembla el labio inferior. Me señala con el dedo y traza una línea recta imaginaria entre dos puntos equidistantes: la foto de una mujer y yo. Es joven, su pelo es tan negro y ondulado como el mío, tiene un vestido rosa y una medalla. Es la foto de su último cumpleaños, me dice. Una fuerza invisible me transporta al interior de un portarretratos de bordes nacarados apoyada sobre un Wincofhone del setenta. Ya no temo al viejo, me acerco. Acaricio mi medalla debajo de la remera transpirada, no me animo a sacarla, un temblor me desequilibra, la reconozco sobre su torso rosa. ¿Puedo?, le pregunto empujado por un impulso tierno que, ya no es mera curiosidad. Claro

que puede, me dice el viejo. La puse ahí ayer porque supe; e insiste, Supe que usted venía.

¡Saque ese papel del bolsillo, Ernesto!, me ordena. ¿Cómo sabe mi nombre?, le pregunto sorprendido. ¡Hágalo un bollo!, ya no sirve. ¿Para qué?, ya es hora de que sepa.

¿Ernesto?, insisto, ¿Cómo sabe mi nombre?, le grito y el viejo se amilana y el gesto hirsuto se le convierte de pronto en un cendal de lágrimas. Siempre supe, me responde.

Y ella, ¿por qué no me buscó?

Mi hija murió en el parto, pibe. El viejo se quiebra en un sollozo y las manos curtidas se apoyan sobre sus ojos para secarlos. Desde el fondo, desde una habitación se escucha una voz que grita: ¿Ya llegó, viejo? La voz me lleva a mirar hacia un pasillo de paredes verdosas, mis ojos chocan con un almanaque de pared. Cuento cuarenta y tres cruces marcadas con birome azul y, la última, con rojo. El viejo me dice: Sí, pibe, hoy es la última, la cuarenta y cuatro, esta porfía ya no da para más, la vieja se me muere. Otra vez la misma voz, ¡Ya llegó, viejo, contestame! ¡Quedate ahí vieja, a ver si te me caes de la cama!

¡Contéstame, viejo!, insiste, ¿Llegó?

No, vieja, si sabés que ella no vuelve. El que llegó es nuestro Ernesto. Y lo dejé entrar, vieja. Esta vez lo dejé entrar.

El cazador furtivo

Pedro Aladren

Los gritos alertaron al grupo de policías que patrullaba la zona de aquel barrio bajo de Londres frecuentado por prostitutas.

El sargento Hopkins fue el primero en ver la silueta que rápidamente se escondía tras el puesto cerrado de venta de flores.

-"No puedo jurar que la conozca, pero algo de ella me resulta familiar" dijo entre dientes mientras corría en su persecución.

Cuando se acercó al puesto callejero una extraña sensación le asaltó: ¿Acaso se encontraba a menos de dos metros del asesino más sanguinario y famoso de Londres?

Pero su agitación cesó cuando comprobó que nadie se escondía detrás del tinglado metálico. Confundido y frustrado siguió recorriendo los alrededores por un rato más hasta que, cansado y colérico, desistió de continuar con la, aparentemente, inútil búsqueda.

Totalmente convencido de que "Jack el Destripador" se había escabullido una vez más, ordenó a sus subalternos que hicieran un último rastreo antes de volver a sus puestos habituales.

Sin embargo, antes de girar por completo sobre sus pies, alcanzó a divisar, con el rabillo del ojo, la sombra que se recortaba entre los muros lindantes de dos casas vecinas.

Podía apostar la paga de un mes a que había entrado por una de las ventanas laterales de la mansión Gray.

Casi sin respirar para no delatarse buscó una abertura que tuviera las persianas abiertas pero, por más que lo intentó, no pudo vencer la resistencia de ninguna.

Entonces, hizo sonar repetidamente su silbato para atraer la atención de los agentes que se encontraban en las cercanías.

Cuando estuvieron junto a él, se dirigieron a la puerta de entrada de la residencia en la que creyó ver entrar al hombre que estuvieron persiguiendo.

Golpearon sonoramente el llamador de bronce que, acaso sugestivamente, tenía la forma de un corno como el que usan los cazadores.

-Claro- dijo a sus hombres -es un cazador furtivo de prostitutas.

Esperaron el tiempo que la mítica flema inglesa determinaba en estos casos, y ya se disponían a forzar la pesada puerta, cuando un carruaje se detuvo frente a ellos.

Tras un instante de dilación, el sargento ordenó detener la acción y observaron los movimientos que se producían dentro del vehículo.

Luego de unos minutos descendió del coche un caballero muy elegante que lucía un atavío muy costoso -especialmente por la capa que llevaba sobre sus hombros-. Esta le llegaba más debajo de las rodillas y coronaba con un cuello levantado que hacía de fondo a una distinguida cabellera casi blanca, a pesar de que su dueño apenas tendría unos cuarenta años.

Tras un leve titubeo el sargento Hopkins reconoció al caballero como el propietario de la residencia cuya puerta estuvo decidido a derribar minutos antes. Era nada menos que Lord Dorian Gray, miembro de la Cámara Legislativa y aristócrata mimado por la Corte.

Este se dirigió rápidamente a donde estaban los policías; empujó con su bastón de empuñadura de plata al más cercano y, notando las insignias del sargento, se dirigió a él mientras le espetaba duramente:

-¿Qué significa esta intromisión en mi propiedad?

-Si no tiene usted una explicación satisfactoria, mañana a primera hora su jefe lo pondrá a barrer las calles más inmundas de la ciudad.

-Perdón, Sir Gray- balbuceó Hopkins creyendo acabada su carrera policial.

Cuando pudo recobrar la voz, le hizo un relato pormenorizado de las razones por las cuales casi se ven obligados a dañar su propiedad.

Cuando el sargento concluyó de hablar, un leve rictus de amargura relampagueó en los costados de la boca del aristócrata.

Inmediatamente, sacudió su plateada cabellera y dirigiéndose al confundido funcionario le dijo: -Pasen por favor señores; no puedo ni debo consentir que, dada mi condición social y política, una sombra de duda pueda mancillar mi prestigio y mucho menos mi honor.

-El personal de servicio tiene hoy día libre, y mi criado personal es un tanto sordo, razón por la cual no ha oído los golpes dados por ustedes.

-Yo les franquearé la puerta y se servirán revisar mi propiedad de arriba abajo y de un lado al otro.

El sargento carraspeó algo incómodo y trató de excusarse, pero la actitud decidida del dueño de casa no dejaba alternativa para otra cosa que obedecer.

“Por otro lado, pensó, si cumplo mi trabajo con responsabilidad acaso una recomendación de Sir Gray lograría mi anhelado ascenso”.

Mientras Lord Dorian Gray tomaba brandy apoltronado en un mullido sillón, la policía no dejó un solo rincón sin husmear prolijamente, seguida de cerca por el ya vestido criado.

Dos horas más tarde un satisfecho sargento Hopkins se presentó ante al dueño de casa al frente de sus hombres debidamente formados y, expresándole agradecimiento por su colaboración con el accionar policial, se retiró no sin antes

felicitarle por el retrato de tamaño natural que el somnoliento propietario ostentaba en el descanso de la gran escalera que llevaba a las plantas superiores.

Una vez sólo, Dorian Gray se sumió en una actitud de abatimiento físico y espiritual que había disimulado a duras penas delante de sus visitantes ocasionales.

Con paso cansino se acercó al retrato y "mirándose" a los ojos dijo, con voz lastimera y airada:

-¡Maldito Jack!: nuestro pacto fue la juventud eterna para mí a cambio de la más absoluta impunidad para tus crímenes, pero si vuelves a poner mi cuello en peligro, me veré obligado a denunciar tus horrendas carnicerías...